

La vida consagrada desde la sociedad actual

Isidro Muñoz Triguero

La IX Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos, en el otoño de 1994, tratará sobre «*La Vida Consagrada: su función en la Iglesia y en el mundo*». Ya el 30 de diciembre de 1991, después de varias consultas, había establecido el Papa que se convocase esta IX Asamblea, con el tema indicado.

En noviembre de 1992 aparecieron los *Lineamenta* y un cuestionario adjunto, como líneas directrices para promover la reflexión y las aportaciones de los Obispos y de los Institutos interesados, en orden a preparar el orden del día de la Asamblea¹. De estos *Lineamenta* vamos a partir para fijarnos en uno de los aspectos comprendidos dentro del tema: *La Vida Consagrada en relación con el mundo*.

Desde la aparición de los citados *Lineamenta* se han celebrado jornadas de estudio, a diversos niveles, y se han elaborado sugerencias, críticas y propuestas, para ser remitidas a la Secretaría General del Sínodo².

¹ Sínodo de los Obispos / Consejo de la Secretaría General: *La Vida Consagrada y su función en la Iglesia y en el mundo*. «*Lineamenta*» En: Confer 122(1993) Suplemento, pp. 1-61.

² Ha sido publicado, por ejemplo, el documento de estudio, «*Los religiosos en la Iglesia*», del Gobierno de la Conferencia Española de Religiosos, para ser discutido y aprobado después en la Asamblea General: *Vida Nueva* 1913(25-IX-1993) pp. 23-30 (1871-1878).

El volumen mayor de las reflexiones y de las aportaciones suelen ir referidos a los aspectos teológicos y eclesiológicos³. Creo que puede ser estimulante atender a otros aspectos no menos decisivos, como los propuestos en este ensayo: *los desafíos que le vienen a la Vida Consagrada desde la situación de nuestra sociedad actual*. De ellos se ocupan también los *Lineamenta* y habrán de ser cuidadosamente atendidos en las sesiones del Sínodo.

Me parece obligado partir en este tema de una descripción, de un balance de la situación actual de nuestra sociedad (será la parte 1ª). Esta descripción nos llevará a una confrontación con la Vida Religiosa (Parte 2ª): es decir, cómo afectan a su sentido y misión estos rasgos de nuestra sociedad y, como consecuencia, ¿qué representa, qué función puede tener la Vida Religiosa en el mundo actual?.

Parte I - La sociedad de nuestro tiempo

Tomamos la sociedad en su amplitud máxima, como sociedad mundial: la situación de nuestro mundo; aunque tengamos que partir y situarnos preferentemente en nuestro entorno inmediato, en la sociedad occidental.

Para describirla no vamos a entrar en los métodos y resultados que nos dan las ciencias sociales e históricas. Con una intención más práctica, para un ensayo como éste, tomamos como punto de referencia la descripción que hizo el Vaticano II sobre la Iglesia en el mundo actual (*Gaudium et spes*): *Exposición preliminar: situación del hombre en el mundo de hoy*⁴. A partir de ahí podemos fijarnos en las novedades más salientes de estos treinta últimos años.

El Vaticano II caracteriza la situación de nuestro mundo como época de *cambios profundos*: los grandes avances del mundo moderno están provocando cambios hondos y muy acelerados en la sociedad actual. Grandes logros y, a la vez, grandes desequilibrios en muchos órdenes de la vida. Es lo que se llama una crisis histórica, el paso de un sistema cultural, que llega a su fin, hacia otro orden nuevo, todavía en gestación

Este es el balance general, todavía válido: lo que puede llamarse crisis de onda larga, que arrancaría de finales del siglo XVIII y llegaría hasta nuestros días, a diferencia de lo que pueden llamarse crisis de onda corta, de alcance más limitado, ciclos por ejemplo de quince o veinte años.

³ Cfr., en esta línea, el número monográfico dedicado a los *Lineamenta* por la revista «Vita Consacrata», 29, 1993/5.

⁴ Concilio Vaticano II, Constitución «Gaudium et Spes», nn. 4-10.

Dentro de este marco general, amplísimo, los últimos treinta años ofrecen novedades importantes que nos pueden ayudar a concretar esta caracterización tan genérica.

Primero: la crisis cultural se ha agudizado fuertemente, y se pueden detectar sus síntomas en el fenómeno de la llamada «posmodernidad», cuyos orígenes suelen remitirse precisamente a los años sesenta, los años del Concilio.

Segundo: la distancia entre países desarrollados y países subdesarrollados se ha ensanchado. Luego se ha agravado con la caída de los regímenes socialistas del Este. Los abusos en el desarrollo tecnológico han llevado también a los desequilibrios del medio ambiente, que tanto nos preocupan, y –sobre todo– a los desequilibrios ya insalvables en el mercado del trabajo: el problema del paro, la economía sumergida, el agravamiento de la marginación, etc.

Tercero: con la crisis cultural del Occidente, el pluralismo exacerbado de las concepciones del mundo y de los sistemas de valores y con la crítica al llamado «etnocentrismo» del Occidente, ha aparecido el fenómeno del «ecumenismo cultural», como convergencia hacia el futuro de las grandes tradiciones de la historia mundial y de las culturas, aun las llamadas culturas primitivas.

Parece obligado considerar cada uno de estos tres rasgos, que he escogido como característicos. La elección misma requeriría una justificación razonada, pero no es posible detenernos en ella.

Primero: Crisis cultural: La posmodernidad

La llamada posmodernidad engloba fenómenos muy complejos, con interpretaciones muy encontradas. Suele verse en ella la ruptura con las grandes tradiciones modernas. Para otros no representa la ruptura y el paso a otra época, sino el agudizarse de los elementos críticos y negativos propios de la misma modernidad y que la venían trabajando por dentro. El hecho es que –con una u otra interpretación de fondo– la posmodernidad puede caracterizarse como quiebra, agotamiento y negación de las concepciones, valores, ideales de la modernidad: el progreso, la razón, las utopías sociales, los ideales colectivos: todo resulta efímero, fragmentario, relativo.

Las causas de esta quiebra pueden buscarse en el agotamiento de la creatividad, en el cansancio, y –sobre todo– en los fracasos provocados por el mismo desarrollo desmesurado del progreso moderno: al hombre se le ha escapado el control de su propia obra. Esta quiebra la podemos concretar más en el nihilismo o negación de todos los valores, en el materialismo, en el secularismo creciente.

El **nihilismo**, tan característico de nuestra cultura, significa la subversión de todo orden de valores estable, con la sensación creciente de sin-sentido en el

conjunto de la vida. Se vive de lo efímero, de lo momentáneo en la vida cotidiana, de la seducción de las apariencias.

El materialismo va asociado al fenómeno anterior en forma de hedonismo, de culto a lo placentero, al bienestar inmediato, sin más horizontes, al consumo desmesurado. Con ello la vida tiende a degradarse; la responsabilidad social y la capacidad de sacrificio por el bien común tienden a hacerse retórica vacía, o se renuncia a ellas, sin más.

El secularismo, como negación de toda influencia del factor religioso en la vida, se va haciendo cada vez más efectivo, al debilitarse los valores morales más altos y, consiguientemente, los valores religiosos. El ambiente social está hoy muy enrarecido para estas preocupaciones. De otra parte, se maltrata deliberadamente lo moral y lo religioso, destacando y aun deformando cuanto se puede las limitaciones, fallos y abusos de las instituciones que los representan.

El panorama puede parecer excesivamente negro. Pero no todo es tan negativo. Aparte los valores positivos que pueden descubrirse en la mentalidad posmoderna –aprecio de la vida cotidiana, de lo sencillo y pequeño, de los valores sensibles, etc.– existe una gran fuerza de inercia o mantenimiento y aun de resistencia positiva, de parte de las tradiciones que se quiere dar por acabadas, en el orden racional, moral o religioso. Habría que hablar además de la llamada «cultura emergente», como germen de un nuevo orden de creación y valor al que nos abrimos. Se habla de «una nueva sensibilidad», de un conjunto de valores hoy más apreciados, que tienden a configurar el arranque de una nueva cultura. Y están finalmente todos los valores convergentes, desde la multiplicidad de tradiciones mundiales, como antes apuntábamos. De todos estos aspectos positivos nos ocuparemos después más detenimiento.

Segundo: Abismo entre países ricos y países subdesarrollados. Problemas de justicia y paz

Este capítulo de problemas es más conocido entre nosotros. Nos vamos sensibilizando en este campo y voy a omitir, por ello, una descripción más detallada.

Quisiera destacar, tan sólo, la relación que guardan con el punto anterior, con la crisis cultural: el desarrollo tecnológico, como producción de medios instrumentales, sin un desarrollo moral, que mira a los fines más que a los medios, hace que el desarrollo se haya desbocado, sin control posible y previsible, siempre en servicio de los intereses de grupos cada vez más poderosos. En la cadena del desarrollismo nadie ve la manera de llegar a un control y equilibrio, que diera posibilidades reales de desarrollo adecuado a los pueblos o a los grupos marginados de nuestra sociedad occidental.

Podría hablarse, tal vez, como de una venganza indirecta por parte de estos pueblos y de estos grupos marginales cifrada en la invasión de la droga: la coca de América, la heroína de Asia, el hachís de Africa. Puede ser un síntoma fuerte de la decadencia del Occidente, a manos –una vez más– de un proletariado, en este caso un proletariado de pueblos. La caída del comunismo, que podía parecer un freno –y de hecho lo ha sido históricamente en el campo de la lucha obrera– ha dejado las manos más libres todavía a la espiral del desarrollo.

En el campo de los desequilibrios ambientales tampoco se ve una voluntad efectiva de control. El fracaso de la Conferencia de Río puede haber sido un indicio muy revelador.

Tercero: Ecumenismo intercultural e interreligioso

Las crisis históricas se caracterizan por la quiebra de un gran sistema cultural, a la vez que comienzan a abrirse paso los gérmenes de una nueva época. Estos gérmenes iniciales de un nuevo sistema cultural pueden provenir de frentes muy diferentes: de invasiones, de herencias transformadas de épocas anteriores, de nuevas y originales creaciones, etc.

En nuestra situación actual se habla ya de albores, de arranque hacia una nueva época. Y me atrevería a caracterizar esa novedad como novedad por *integración*.

Cabe hablar de novedad en diversos sentidos: novedad como renovación, como innovación, como aparición de factores del todo nuevos, etc. Sin excluir estas maneras, la forma de novedad que llamo por *integración* la advertimos en nuestro tiempo en forma de afluencia o concurrencia de varios frentes: las herencias transformadas de las tradiciones occidentales, antiguas, cristianas y modernas, hoy además muy diferenciadas; la concurrencia de las otras culturas, en un intercambio creciente de diálogo y mutuo enriquecimiento; las aportaciones nuevas que van apareciendo, la sensibilidad para nuevos valores, etc.

Por poner un ejemplo, el valor de la imagen, la sensibilidad de lo visual que ha despertado el cine y la TV. –un orden de creaciones estéticas originales de nuestro siglo–, son de alcance profundo, incluso religioso. La atención a la expresión y profundidad del rostro humano en estos medios visuales es un síntoma de la sensibilidad, en la nueva cultura, para cuanto significa «encuentro interpersonal».

Este conjunto de confluencias es el que cabe denominar como «ecumenismo cultural». «Ecumene» o «Ecúmeno» es la totalidad de la tierra habitada. Ecu-ménico significa, sin más, «universal», referido a toda la humanidad: es un movimiento de confluencia en una fuerza única, bajo expresiones múltiples, por

encima de los antagonismos que dividen a la humanidad y sus múltiples formas de vida y de cultura.

Por aquí va también la intención significativa de una expresión en boga, pero apenas definida por quienes la usan: la llamada «cultura emergente»: tal vez podría cifrarse en ella lo que también se ha llamado «una nueva sensibilidad»: el conjunto de valores que más aprecia el hombre de hoy: el respeto a las libertades, la dignidad personal, la lealtad y la amistad, la sinceridad, el valor del testimonio y de la experiencia vivida frente a la mera teorización, la solidaridad en todas sus formas, el diálogo y la búsqueda de consensos, la defensa de las minorías, los movimientos de emancipación, la vuelta a la naturaleza, el gusto por la vida sencilla, la creatividad en las cosas ordinarias: en el decorado de la casa, en el vestido, en los hobbies o aficiones, etc.

Las líneas más fuertes que vienen a estructurar estas perspectivas de una cultura del futuro creo que pueden ponerse en las herencias transformadas de la modernidad: en las tres grandes innovaciones que la caracterizan: **La primera:** el descubrimiento del sujeto, del yo, y sus derechos individuales. **La segunda:** una nueva actitud ante el mundo: una actitud interrogativa y transformadora, no pasiva o contemplativa: la ciencia y la tecnología. **La tercera:** la socialización, los socialismos, en toda su amplitud.

Estas grandes aportaciones tienden a darse por superadas, desde la posmodernidad. Y, sin embargo, es su herencia transformada lo más prometedor para el futuro.

Primeramente, la persona –no simplemente el individuo– la tendencia a personalizar a asumir responsablemente lo que hacemos, frente a la masificación.

En segundo lugar, la creatividad. El hombre moderno tendía a endiosarse, a creerse el amo del mundo. Hoy reconoce sus límites. No es el amo, es el guardián, el pastor, el que ha de cuidar, mejorar, acrecentar activamente el patrimonio recibido. Una actitud activa y responsable, no meramente pasiva, concedora, a la vez, de las propias limitaciones.

En tercer lugar, la comunidad, no la mera socialización, es otra de las grandes líneas de fuerza, esperanza para el futuro de una humanidad en crecimiento interior.

Parte II – Confrontación con la Vida Religiosa (Reto y respuesta)

Ahora tenemos que acercarnos a la descripción de la Vida Religiosa. Ante todo hemos de dejarnos interpelar. Hemos de ver cómo inciden en nosotros todos estos factores: nos amenazan, nos estimulan, nos ponen en actitud de renovar nuestras

posturas, de aceptar sus retos y salir a su encuentro. Desde ahí, en cada punto, hemos de considerar nuestra reacción y nuestra respuesta.

Seguimos en ello las mismas pautas, los tres frentes de problemas descritos: crisis cultural, desequilibrios socioeconómicos, ecumenismo cultural y religioso.

Primero: Crisis profunda de los valores superiores

La amenaza del sin-sentido

El debilitamiento de los valores morales y religiosos incide fuertemente en todos los grupos religiosos, en nuestras mismas comunidades. Lo notamos primero en el trabajo apostólico: la falta de eco, la ausencia de resultados satisfactorios, desazonan, contribuyen al desánimo. Esto incide luego en la vida personal y comunitaria, en una cierta atonía, en un debilitamiento de nuestro entusiasmo por nuestra vida y misión.

En un paso siguiente, nos dejamos contagiar por el ambiente hedonista, por la búsqueda de lo más cómodo, por la falta de esfuerzo tenso en las propias responsabilidades. Cedemos también al contagio del relativismo, nos plegamos con excesiva facilidad a la circunstancia, quitamos importancia a exigencias religiosas fuertes, etc.

Con todo ello podemos ir perdiendo la ilusión por nuestra vida. Hay momentos en que llegamos a preguntarnos por el sentido y valor del camino que emprendimos con entusiasmo. Aquí tenemos, pues, un primer frente de problemas⁵.

Innovación de sentido. El amor como fuente de vida

Frente a todos estos conflictos, vistos primero desde su incidencia negativa en la Vida Consagrada, hemos de considerar ahora nuestra reacción y respuesta.

La reflexión ha de versar sobre *la función* de la Vida Consagrada en el mundo. No se habla sólo de *misión*. Función (munus) dice encomienda y responsabilidad, presencia y representación de algo superior, de un don que es regalo y es «encargo» de custodiarlo, en el cual sin embargo se puede fallar; dice incardinación activa en un contexto de sentido, con carácter dinámico, en interacción con el medio ambiente: la sal, el fermento, la luz, inciden sobre el mundo; también reciben de él estímulo o pueden quedar anuladas y desvirtuadas.

Aplicamos esto, en primer lugar, a la situación de crisis *cultural profunda*: la quiebra de las tradiciones y de los sistemas de valor es, ante todo, una *quiebra de la vida misma, de las formas de vida heredadas*. Y es aquí donde la Vida

⁵ *Lineamenta*, n. 29, e) y f).

Consagrada tiene un papel primordial que jugar: hace presente en el mundo una nueva forma de vivir, la forma de vida que inaugura Jesús: vivir la fraternidad, grupos de fraternidad desde la presencia y la fuerza del amor paternal de Dios, capaz de transformar la sociedad, en la medida en que los hombres nos abrimos a esta presencia del Reino, del reinado amoroso de Dios entre nosotros.

Los Institutos de vida consagrada han creado en la historia formas numerosas de vida en común, que hacen presente la misericordia de Dios, un amor generoso, abierto a todos gratuitamente, especialmente a los marginados de la sociedad, donde no llegan las instituciones sociales. La misma vida contemplativa es el signo de una convivencia en el desinterés de un amor gratuito y total.

No valoramos debidamente esta fuerza original del Evangelio y además la vivimos a medias, la desdibujamos. A esta fuerza original hay que remitir, ante todo, cualquier intento o preocupación por la renovación.

Desde aquí, desde esta fuente última de valor que es el amor cristiano, es posible toda simbiosis pensable con nuestro mundo: en la irradiación de nuestros valores, y el instinto para descubrir en las inquietudes de nuestros contemporáneos expresiones y matices nuevos, asumibles en esta actitud básica de la caridad evangélica. Entre estos valores, a los cuales es más sensible el hombre de hoy, podemos enumerar: la vida sencilla, la obra bien hecha, la concentración en lo que hacemos en cada momento, con alma y corazón, el aprecio de la amistad y sus formas actuales, delicadas, respetuosas; el acercamiento a otras culturas, a otras formas de vivir, incluso en nuestro mismo pueblo, en tradiciones y estilos; el aprecio de lo diferencial, de lo original en minorías, en grupos étnicos, etc. Todo esto y muchas otras cosas deben entrar en el talante típico de la Vida Consagrada, abierta evangélicamente a toda forma de comunión.

Ante el enrarecimiento materialista y hedonista, que a veces nos abruma y aun nos desanima, hoy se pide más autenticidad y claridad a los religiosos, en la vivencia alegre de sus compromisos, como oferta de los valores más altos: el amor puro y desinteresado, el desprendimiento, la disponibilidad, la generosidad⁶.

El sentido de nuestras renunciaciones

Hay otro aspecto importante en el cual necesitamos también clarificarnos los consagrados. Es *el sentido de nuestras renunciaciones*, de cara a las ofertas más valiosas de nuestra sociedad, como son el aprecio de la libertad, o la búsqueda de la

⁶ *Lineamenta*, n. 44, a).

propia realización desde un proyecto coherente con las propias posibilidades. ¿Rompe la Vida Consagrada con un ideal como éste, hoy tan apreciado?

Como oferta de realización desde el evangelio, en diálogo con la que acabo de apuntar, me parece fundamental valorar lo que cabe llamar *la antropología evangélica del grano de trigo*: quien quiera salvar, realizar su vida, ha de estar dispuesto a perderla. Esto es evangélico, pero es, a la vez, lo más profundo humanamente hablando: la propia realización en la persona madura pasa y se mide por la capacidad de sacrificio en bien de los demás. La disponibilidad obediencial en aras del Reino, de un amor generoso total, es lo más fecundo y lo más grande aun como realización plena de sí. En el «realizarse a sí mismo desde un proyecto autónomo» se esconden muchas veces un individualismo y un egoísmo feroces, en contra del humanismo más auténtico. Creo que esto no lo valoramos debidamente. Si no estamos convencidos primero nosotros, nuestro testimonio no puede tener fuerza ni claridad.

La Vida Consagrada y su imagen hacia fuera

En torno a todos estos problemas surge una pregunta de conjunto: este orden de valores que afirmamos en la Vida Consagrada ¿llegan a dar una imagen atractiva de nuestro género de vida? La primera pregunta de todos los cuestionarios que traen los *Lineamenta* para el Sínodo, es ésta precisamente: «¿Cómo se percibe y valora hoy la vida consagrada?»⁷.

La impresión primera, sobre todo en los jóvenes, es de que vivimos fuera de la realidad. La sociedad y nosotros andamos en líneas paralelas que no se encuentran; el formalismo de la Vida Consagrada, es algo ausente; la Vida Consagrada tiene su liturgia ritual, la liturgia de la vida de hoy va por otros caminos. Andamos fuera de órbita. (Son confesiones que me hacía un joven y no hacen falta muchas encuestas y estadísticas para percibirlo). El estereotipo del «fraile» o de la «monja» no cuadran en el mundo de hoy.

Los jóvenes religiosos y religiosas tratan de romper estos estereotipos y con razón, porque obedecen a formalismos pasados, no esenciales a lo auténtico del consagrado; hay que alentar esta ruptura, hay que buscar la naturalidad, la espontaneidad, la huida de formas «unciosas», «espirituales», o de moralina y rigidez ante la vida, que no dejan de ser muchas veces formas de teatralidad vacía y contraproducente.

De otra parte también hay que decir que no todo es cuestión de formalismo. En la Vida consagrada hay un lado de ruptura incluso con valores legítimos y

⁷ *Lineamenta*, Cuestionario: primera parte, C.1.

buenos como el matrimonio o el uso libre de los bienes, como signos del Reino escatológico, de la soberanía de un amor total y sin sucedáneos. Esto tiene que llevar consigo ámbitos de separación con respecto a la vida secular y formas inevitablemente distintas de organizarse. Por naturales, sencillas y espontáneas que se las quiera, tienen que chocar y sólo la fe puede descubrir su valor de signos del Reino. No cabe en la Vida Religiosa y en sus formas una secularización total. Los signos de nuestra consagración son hoy precisamente más urgentes, como defensa activa frente a un secularismo asfixiante. Es el punto de que vamos a ocuparnos ahora.

Frente al repliegue del secularismo

La pérdida de fuerza de los valores religiosos y de su incidencia en la vida tiende a recluir cada vez más la religión en la vida privada. Aceptando lo legítimo de la secularización, como autonomía de las diversas esferas de la sociedad y de la vida, con respecto a tutelas religiosas mantenidas en otras épocas, sería un equívoco declinar en las responsabilidades públicas de los cristianos y de las mismas comunidades eclesiales. A la religión no le compete un puesto directivo en los asuntos sociales, pero tiene un lugar que ocupar y una palabra que decir en la concurrencia libre de los grupos humanos y sus respectivos cometidos.

Es frecuente hoy una cierta actitud vergonzante, de retraimiento o de huida. Es un asunto sobre el cual debemos reflexionar y tratar de discernir nuestras posturas.

Un ejemplo sintomático: el recurso a las ayudas públicas: se rehuye hacerlo desde instituciones religiosas: se fundan asociaciones culturales casi ficticias, en cuyo nombre se solicitan esas ayudas. Hay que hacerlo así, siendo pragmáticos. Pero también habría que hacer peticiones desde las instituciones religiosas como tales, aun sabiendo que no se van a conseguir, y tener la valentía de reclamarlas. Es un ejemplo discutible, pero puede dar que pensar.

En relación con estos mismos fenómenos de la secularización, el secularismo y el debilitamiento del factor religioso en nuestro mundo, se hace preciso reajustar nuestra vida y nuestras posturas en dos campos particularmente: **primero**, en el campo de la *profesionalización*. La caída de muchas instituciones que antes atendían los religiosos y ahora atienden los estados obliga a formas de trabajo más individualizadas, a un enfoque de las comunidades más diferenciado, donde van prevaleciendo comunidades pequeñas, con cometidos diferentes de sus miembros. Los religiosos siempre habrán de estar atentos a sectores donde no llega, por ejemplo, la enseñanza o la asistencia oficial. Y, entre las dedicaciones

individuales, siempre habrá que dar prioridad a cuanto signifique liberación parcial o total, en vistas a tareas directamente religiosas y evangelizadoras.

El **segundo campo** en el que el secularismo obliga a reajustar nuestra vida es el de una preparación, ya desde los años de formación, para trabajar en campos donde hay que sembrar, sin esperar frutos inmediatos; hay que hacerse a asumir la carencia de resultados y el fracaso sin traumas y frustraciones. En un ambiente muy enrarecido religiosamente, como pueden ser nuestros suburbios, o algunos ambientes intelectuales, no pueden hacerse programaciones con etapas progresivas previsibles, o han de hacerse con mucha flexibilidad y sin apuros.

De otra parte, se hace urgente el no abandonar estos campos y buscar las noventa y nueve ovejas perdidas, sin contentarnos sólo con atender a ese uno por ciento escaso que forma nuestras comunidades parroquiales en los suburbios. Hace falta imaginación en los recursos, paciencia en la espera, búsqueda y tanteo de estrategias, etc.

Junto a este deterioro del factor religioso, encontramos además signos y formas nuevas de reencuentro con la trascendencia religiosa, abundancia de movimientos, grupos y sectas de todo tipo y color. La gente –decimos– busca algo, necesita oxígeno ante la asfixia espiritual, pero se encuentra con un panorama muy confuso. En el encuentro personal o con pequeños grupos, tratando de orientar con discreción a las personas y ayudarles a superar sus dudas; y –por otro lado– en el estudio y discernimiento de estos movimientos religiosos tenemos un campo muy amplio que nos reclama particularmente a nosotros, los religiosos⁸.

Segundo: desequilibrios socioeconómicos

En este segundo punto los enormes desequilibrios de nuestra sociedad son para nosotros un estímulo, un acicate fuerte para nuestra misión.

El sentido misionero de todos los institutos religiosos, la opción de pobreza en nuestra vida, la solidaridad, con tantos apoyos en el Evangelio, deben verse acuciados ante lo urgente de estas situaciones.

Están junto a ello la sensibilización ante las situaciones de injusticia o ante la conculcación de los derechos humanos, la defensa de los valores de la persona, la defensa de las minorías, de la mujer, de la infancia, etc.

Habría que hablar igualmente de la necesidad de solidarizarnos y colaborar con todos los movimientos que defienden estas causas en el mundo, discerniendo,

⁸ *Lineamenta*, nn. 28 a), 29 e).

naturalmente, en cuanto a unos u otros grupos y en cuanto al modo de colaborar con ellos.

Las dificultades principales en esta sensibilización y en la colaboración consiguiente provienen de dos frentes. Por una parte, cierta desconfianza con respecto a este tipo de cuestiones, como es la sospecha de que deriven a una cierta adulteración de lo religioso en función de lo meramente social. Antes, la sospecha era de connivencia con posturas marxistas. Con la caída del comunismo en tantos países, esta sospecha se ha atenuado y se acentúa, en cambio, el aspecto de urgencia evangélica ineludible que tienen.

Otra dificultad proviene de la sensación de impotencia ante lo gigantesco de los problemas que estas causas presentan. ¿Qué podemos hacer?

Nos toca, a pesar de todo, buscar respuestas ante interrogantes y problemas tan agudos como los expuestos. Se trata de investigar la función de la Vida Consagrada en relación con los grandes desequilibrios socioeconómicos de nuestra sociedad. Los *Lineamenta* apuntan varias veces a este tema sintomático, como uno de los más característicos y urgentes en nuestra situación: sensibilidad a las nuevas formas de pobreza, los problemas de la justicia, los movimientos de emancipación, etc.⁹.

En la vanguardia de la evangelización

De siempre se han destacado los institutos religiosos por estar en la vanguardia, con respecto a las urgencias mayores de la evangelización y la humanización. Hace falta continuar potenciando la disponibilidad para nuestra misión en el tercer mundo y en los barrios marginales; no siempre es fácil encontrar la disponibilidad necesaria. De cara al Sínodo se nos impone discernir también caminos de acercamiento a las nuevas formas de pobreza –los emigrantes, los drogadictos y enfermos del sida, los sectores más deteriorados dentro de los mismos barrios marginales–.

Por los años sesenta y setenta se dió en nuestras ciudades –fue muy notorio aquí en Granada– un corrimiento de muchas congregaciones hacia los barrios de la periferia. ¿Sigue viva esta inquietud o ha decaído notablemente? Se atribuye a veces a la Vida Religiosa –y es un punto a reflexionar despacio, de cara al Sínodo– una cierta rigidez institucional que tiende a apagar inquietudes en esta línea de acercamientos al mundo de los pobres. La flexibilización de instituciones fuertes es difícil conseguirla, pero cuando hay voluntad en ello, procesos de mentalización, revisión de posiciones, se pueden ir consiguiendo estos cambios

⁹ *Lineamenta*. nn. 27 d), 29 b) y g), 44 c). Cuestionario: tercera parte, C. 24.

de orientación en las instituciones. Es preciso no cejar en ello, cuando vemos que lo pide la causa del Reino.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que la solidez de la institución es en la Vida Religiosa una de las condiciones que hacen posible ese desplazamiento bien hecho hacia el tercer mundo o hacia los barrios, sin improvisaciones o entusiasmos carismáticos momentáneos. Para no achacárselo todo a las instituciones, puede pasar –y pasa– que a veces lo que faltan son personas disponibles para esas misiones, no voluntad para hacerlo por parte de los órganos de gobierno en las congregaciones. Los suburbios o el tercer mundo les gustan hoy a la juventud como experiencia temporal, pero, una vez probados, se hace difícil estar disponible para quemar en ellos la vida¹⁰.

La emancipación de la mujer

Entre las minorías o los sectores especiales que luchan por su emancipación, un frente importante es el de la mujer. Las religiosas creo que tienen una palabra importante que decir, a la hora de discernir entre componentes auténticos o deformados del feminismo. Y lo mismo hay que decir con respecto a este problema en el interior de la Iglesia. Los *Lineamenta* lo sugieren repetidas veces.¹¹

No entro de lleno en el tema, pero apuntarlo supone dar alguna pista mínima. La pista que apunto es la urgencia de no olvidar en la mujer lo propio suyo y original, los valores que llamamos de la femineidad, en los que supera infinitamente al hombre (intuición concreta, sensibilidad más rica y profunda, interioridad, delicadeza, ternura, capacidad de seducción, etc.). En el Cristianismo la línea de lo femenino actúa en conexión con la acción del Espíritu –el Espíritu y María– dentro de la Iglesia. Esto es –creo– lo fuerte y original. Si hay que urgir además una participación creciente en la línea ministerial de la representación sacerdotal de la acción de Cristo, no lo niego, ni pondría reparos de mi parte para hacerlo. Tampoco lo veo claro. Creo que el estudio y la clarificación tienen que brotar, en gran medida, desde la experiencia misma y la vivencia femenina de estos problemas.

Tercero: ecumenismo intercultural y religioso

La confrontación con la Vida Religiosa en el primer campo de la crisis cultural era, sobre todo, de amenaza; en el segundo, de los desequilibrios

¹⁰ *Lineamenta*, n. 44, c).

¹¹ *Lineamenta*, nn.19 a), 29 d), Cuestionario: primera parte, C.8.

sociales, era de estímulo e incitación, en este tercer campo del ecumenismo es de llamada al encuentro.

La confluencia de culturas, la emergencia de valores y de una nueva sensibilidad cultural pide, de parte nuestra, atención: despertar el espíritu para descubrir estos valores que va creando nuestra cultura. Abrimos a la comprensión, al diálogo, a todo cuanto significa acogida, esfuerzo por descubrir lo positivo de todos los fenómenos sociales, respeto para todas las expresiones religiosas.¹²

En el campo misionero entra todo lo que llamamos inculturación, que tiene no poco que ver con nuestra misma abertura al ambiente de nuestro pueblo, de nuestros barrios, a las condiciones de aquellos a quienes dirigimos nuestra labor.

Problemas de inculturación

La inculturación es el modo de acercarnos y asumir las expresiones culturales extrañas a nosotros, como modo de realizar el encuentro humano en condiciones óptimas para la evangelización, para la presencia vivificadora del mensaje de Jesús en esas culturas¹³.

La inculturación supone además, como exigencia previa y colateral, mucho más amplia, un esfuerzo por elevar nuestros niveles culturales, en los planes colectivos de la congregaciones y en el estímulo personal de cada uno. Hemos de mirarlo como urgencia fuerte del Reino, si queremos colaborar en la clarificación de la Verdad de Dios, en diálogo con los esfuerzos humanos por el saber y la cultura.

Es un campo en el que de siempre han destacado los Institutos de Vida Consagrada, pero en el cual se tiende hoy quizá a declinar, urgidos por otras formas de evangelización que pueden parecer más inmediatas y urgentes. A largo plazo, esto podría ser una trampa. Las bazas más decisivas se juegan en dos campos conjugados, la entrega amorosa al pobre, a toda persona que nos necesita, y la clarificación de la verdad que nos salva.

La inculturación quiere llevarse hoy al aspecto mismo religioso de las culturas. Alguien ha propuesto la expresión un tanto forzada de «inreligiónación» para indicar este aspecto de asunción religiosa (Torres Queiruga).

El tema es delicado, pues no se trata –claro está– de renunciar a la propia religión o situarla en amalgama con las otras. Es un acercamiento que puede

¹² *Lineamenta*, n. 29, c).

¹³ *Lineamenta*, n. 32, c).

llevar a asumir muchos de sus elementos. No entramos en el problema directamente; pero cabe establecer unas bases de orientación.

A mi modo de ver, el enfoque debido podría variarse con ventaja: en otros aspectos culturales se puede hablar de asunción y de inculturación; aquí sería más propio hablar de acercamiento y convergencia.

Acercamiento supone un esfuerzo por conocer esas religiones y comprenderlas por dentro. Se pueden encontrar elementos cercanos a la nuestra. Cabe utilizar, por ejemplo, textos y plegarias que tengan sentido dentro de nuestra comprensión y expresión de la Fe cristiana. Hay antologías de plegarias, tomadas de diversas religiones, que pueden ser –por concretar al máximo esta indicación– un modo a mano para ese acercamiento. Hay un movimiento fuerte de acercamiento religioso y hay en la Vida Consagrada elementos de vivencia profunda y de formas de vida que están propiciando en muchos casos estas formas de acercamiento interreligioso.

Integración de tradiciones

En este tema de la inculturación, desde el lado religioso, el punto que más me interesa destacar, en relación con este movimiento de convergencia y de integración de tradiciones, es el de la triple herencia de la modernidad que apuntábamos antes. Corresponde a la VR., por su peculiar manera de asumir el Evangelio, una manera de vivir y ayudar a vivir el mensaje de Jesús en esas tres claves apuntadas de *personalización*, de *corresponsabilidad activa*, no meramente pasiva y receptiva, y, sobre todo, de *comunitariedad*. Frente a formas de religiosidad sociológica, de mera tradición familiar o social, de ritos y prácticas externas, hay que ayudar a nuestros cristianos a interiorizar y asumir su fe desde dentro, en el compromiso, en la capacidad de convivencia comunitaria, en el grupo de sus amigos. Es la tarea de los catecumenados, de los cursos de confirmación, de los mismos cursillos de bautismo. La colaboración de religiosos y religiosas en los grupos parroquiales anima desde dentro este proceso transformador de la religiosidad en la fe cristiana.

El movimiento de comunidades dentro de la Iglesia es quizá uno de los signos más prometedores con respecto al futuro de la misma Iglesia. El modelo de las comunidades consagradas, como realización en radicalidad de la comunidad evangélica tiene que ser, por ello, una de las palancas que mueva esta renovación comunitaria de la vida cristiana.

Reflexiones finales

Como reflexiones finales ofrezco dos visiones de conjunto sobre el tema tratado. La primera podemos llamarla –ya que estamos en la civilización de la

imagen— *una imagen robot* de lo que nuestra sociedad ve o querría ver de más valioso en nosotros¹⁴:

Se quiere ver en los consagrados una presencia cercana, misericordiosa, de personas disponibles para el servicio, para un amor desinteresado, imagen del amor mismo de Dios; comunidades ágiles, abiertas al entorno, en las cuales se trasluce alegría y generosidad. Grupos de personas prontas para las misiones en los frentes más lejanos y más arriesgados, en los ambientes más marginados, a quienes nadie llega. Personas abiertas a la comprensión, sencillas y firmes en sus convicciones y compromisos, capaces siempre de sacrificarse por los demás.

Hay otras formas y estructuras en la Vida Consagrada que a veces es preciso mantener —pensemos en grupos dedicados a la investigación o a servicios internos, que pasan desapercibidos, en cuanto a estos valores hoy más apreciados—. Los cristianos de fe también saben apreciar esas florecillas ocultas. Y, aun en todo aquello que es irradiación hacia fuera, hemos de pensar que la vida del cristiano y del consagrado no es nunca anuncio publicitario, pues «nuestra vida está escondida con Cristo en Dios». (Colos. 3,3).

La segunda reflexión de conclusión es una invitación a leer, reflexionar y valorar sobre lo que aportan los lineamenta en el tema que ahora hemos tratado. Apunto solamente dos pequeñas indicaciones, como pauta: los *Lineamenta* destacan muy bien las urgencias que miran a los problemas actuales de la pobreza en el mundo y al emplazamiento ante los desafíos de nuestra sociedad en sus aspectos más negativos y ambiguos, como hemos apuntado más arriba.

Creo, no obstante, que hay otros dos campos en los cuales las aportaciones que se piden a los episcopados y a los mismos institutos religiosos podrían enriquecer las sugerencias mismas de partida: Por una parte, los campos del aprecio y sintonía con los valores más positivos que provienen de la modernidad y la posmodernidad; y, de otra parte, las urgencias de diálogo ecuménico, tanto en lo cultural como en lo religioso. La creatividad de la vida evangélica debe hacernos atentos a estos signos de los tiempos, como caminos nuevos de evangelización en nuestro mundo.

Isidro Muñoz Triguero

¹⁴ Es la respuesta a la pregunta 1ª del cuestionario a la primera parte, en los *Lineamenta*: "¿cómo se percibe y valora hoy la vida consagrada? (Cfr. también, más arriba, parte II, primero).